

Julia Kristeva anunciaba, ya en 1988, que estaba a punto de nacer una contradictoria y nueva comunidad internacional, constituida por “extranjeros que se aceptan en la medida en que se reconocen ellos mismos extranjeros” (Kristeva, 1990: 178). Entonces no se sabía todavía el alcance que adquirirían con los años algunos fenómenos ligados a tal condición, como la emigración, la multiculturalidad, el integralismo.

La aceptación y el rechazo de las alteridades constituye uno de los nudos gordianos de nuestro mundo postmoderno. Un nudo que en las escrituras occidentales ha sido el eje fundamental en torno al cual se ha articulado la “cultura” y la “barbarie”, como diría Walter Benjamín, la “ortodoxia” y la “heterodoxia”, como diría Bajtín, el “centro” y los “márgenes”, como sostienen Deleuze y Guattari.

Los ensayos presentes en este libro forman parte de una reflexión lingüística, filosófica y literaria sobre los “límites”, las prohibiciones, y también las fuerzas reactivas (políticas y creativas) que los acompañan. Desde el punto de partida de diferentes disciplinas, literaturas e imaginarios, en estas páginas se teoriza sobre el sentido de las fronteras (físicas, lingüísticas, culturales, literarias), y sobre sus puntos de intersección y trasgresión: encuentro, enfrentamiento de culturas, exilio, emigración, nomadismo, viaje, hibridismo, mestizaje, traducción.

Patricia Calefato y Paola Zaccarà se plantean la “poética del lugar”, desde posiciones críticas que trabajan en las intersecciones y el diálogo, en las que confluyen, y se apoyan mutuamente, la semiótica, los estudios culturales y las teorías postfeministas.

Las lenguas habladas y la escritura son espacios de transición, frente a las teorizaciones y clasificaciones que de ellas se hacen. Si la canonización y la normativa basan su propia razón de ser en el establecimiento de unos límites (literario y extraliterario, correcto e incorrecto, universal y particular, eterno y efímero, etc.), la vocación de las lenguas habladas y de la escritura ha sido siempre la ausencia de fronteras, la hibridación, la contaminación y el mestizaje. Las lenguas oficiales han sido para muchos escritores y escritoras “idiomas de papel” (Deleuze, Guattari, 1978: 32),

identidades impuestas, que obligan a la creación a hablar una lengua “extranjera”, que no se uniforma con el uso funcional, correcto, normativo del lenguaje. Los escritores y las escritoras “desterritorializan” la lengua que utilizan, porque deja de ser el espejo de una identidad nacional, racial, religiosa impuesta, para abrirse a una alteridad, que es reducto personal, pero también punto de fuerza político que resiste al empuje uniformador y académico de la cultura oficial.

La “frontera” en estas páginas es, al mismo tiempo, una posición teórica y una condición que comparten las lenguas, las culturas y la creación literaria. Como posición teórica, la “frontera” significa rechazo de las categorías cerradas y binarias, renuncia a la palabra autoritaria y, por último, encuentro y fusión entre diferentes teorías que provienen de diferentes epistemologías. Lo que determina un tipo de crítica transversal capaz de interrogarse por las relaciones de poder y por la “colocación” de los sujetos y sus discursos. Como condición compartida, la “frontera” significa un conocimiento y una conciencia plural de los orígenes de nuestras identidades y culturas, donde conceptos como la “pureza” (de la lengua, de la raza, de la nación, etc.) son una falacia histórica.

Tanto las lenguas como las culturas vivas no se producen aisladamente, sino en “contacto” unas con otras y, por lo tanto, su dimensión identitaria negocia constantemente con la “frontera” que supone su dimensión relacional. Patricia Calefato nos recuerda, en su ensayo sobre Europa, que la misma fundación mítica de nuestro mundo se produce mediante un viaje. En sus reflexiones se pone de manifiesto cómo los diferentes usos de una misma lengua y sus jergas están relacionadas con la posición de poder o marginalidad que sus hablantes ocupan. La lengua como instrumento de dominación enmudece y silencia a los sujetos y los pueblos que se resisten a la colonización o a la ideología del más fuerte. La misma que establece divisiones entre culturas, lenguas y usos de las mismas. En este sentido, son muy sugerentes las ideas de Patricia Calefato a propósito del relativismo lingüístico y el encuentro/enfrentamiento entre “lengua materna” y “lengua oficial”. A través de la semiótica, la filosofía del lenguaje y la sociolingüística se señala que la traducción no es sólo un mecanismo de trasvase de una lengua o cultura a otras, sino la condición inevitable del sujeto postmoderno que tiene que atravesar diferentes códigos, discursos, que viaja constantemente desde su “lengua materna” a sus “otras lenguas”, necesarias para desarrollar su vida social. En este sentido, la “frontera” simboliza esa condición plurilingüe, híbrida, mestiza de los hablantes.

Desde el punto de vista estrictamente literario, “la frontera” simboliza la posición intermedia, móvil de muchos escritores y escritoras, que han tenido que escribir en lenguas que no eran sus lenguas maternas, y vivir en países que no eran sus países de origen, pero también la posición de quien ha sido condenado a los márgenes de su propia lengua y su propia cultura. Paola Zaccaria define los textos creados por estos sujetos “desplazados” como literatura de “transición”, en la que el “exilio”, o la “marginación” en cuanto separación-lejanía, son el motor que impulsa la creación. La crítica al eurocentrismo, de como Marlow, Conrad, James, Nabokov, T.S. Eliot, corre paralela a la crítica del androcentrismo en las obras de Eva Hoffman, Gertrude Stein, Doris Lessing, Gloria Anzaldúa o Virginia Woolf, en un recorrido teórico que coloca lo literario en los desvíos, en los suplementos, en la “deriva” (Barthes, 1975), concretamente en la anulación de todo límite lingüístico-geográfico-ideológico.

Uno de los hilos conductores de estos ensayos es la reflexión sobre la “frontera” concebida también como espacio femenino, espacio de la contradicción y de la “traducción” de unos saberes a otros, de unos discursos a otros, de unas culturas a otras. Espacio autodidacta de construcción del yo que huye de las clasificaciones y de los esencialismos, sin temer las metamorfosis, las mediaciones, las vías de en medio. Espacio desde el que se cuestiona la noción de centralidad, lo estático, las verdades establecidas, los límites que impone el género.

La escritura literaria es “nómada” en cuanto invención, originalidad, visión subversiva más que normativa del mundo y del lenguaje, y en cuanto tiende a incursionar en lo desconocido, prohibido, informe, trayendo a la voz lo que permanecía en lo indecible.

Si las fronteras de papel son las dibujadas en los mapas geográficos y políticos, la literatura tiende constantemente a rediseñar los mapas simbólicos, porque la escritura es el espacio donde lo extranjero, lo diferente, lo inestable, lo superfluo adquieren derechos de ciudadanía. La escritura es el puente donde la frontera cesa su razón de ser, o donde se remarca de tal modo que ya no puede negar su evidencia.

Referencias bibliográficas

BARTHES, Roland, *Il piacere del testo*, Einaudi, Turín, 1975.

DELEUZE, Gilles, GUATTARI, Félix, *Kafka por una literatura menor*, Era, México, 1978.

KRISTEVA, Julia, *Stranieri a se stessi*, Feltrinelli, Milán, 1990.